

LLAMADA A MEDIANOCHE

TESS GERRITSEN



Una llamada a medianoche despierta a la recién casada Sarah Fontaine. En lugar de oír la voz de su marido desde Londres, oye la voz de un desconocido llamado Nick O'Hara que le decía que Geoffrey había muerto en el incendio de un hotel en Berlín.

LLAMADA A MEDIANOCHE

Tess Gerritsen

Prólogo

Berlín

Veinte segundos de presión en la carótida son suficientes para dejar a un hombre inconsciente. Dos minutos más y la muerte es inevitable. Simon Dance no necesitaba leer esos datos en un libro de texto médico... los conocía por experiencia. También sabía que no debía haber fallos en el garrote. Si la cuerda no estaba tensa, si permitía que unas gotas de sangre llegaran al cerebro de la víctima, la agonía se prolongaba. La operación se volvía torpe, peligrosa incluso. No hay nada tan salvaje como un moribundo.

Dance, acurrucado en la oscuridad, apretó el garrote entre las manos y miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Hacía dos horas que había apagado las luces. Su asesino era sin duda un hombre cauteloso que quería cerciorarse de que dormía profundamente. Si fuera un profesional, sabría que el sueño de las dos primeras horas es el más pesado. Y ése era el momento de atacar.

En el pasillo exterior crujió un zapato. Dance se puso rígido, se levantó despacio y esperó en la oscuridad al lado de la puerta. Ignoró el golpeteo de su corazón y sintió la inyección familiar de adrenalina moviendo sus reflejos. Tensó el garrote entre las manos.

Alguien metía una llave en la cerradura. Dance oyó el clic metálico de los dientes rozando el metal. La llave giró y la cerradura cedió con un rumor suave. Al abrirse la puerta, entró luz del pasillo en la habitación. Una sombra cruzó el umbral y se volvió hacia la cama, donde parecía que dor-

mía un hombre. La sombra levantó el brazo. Una pistola con silenciador disparó tres balas en las almohadas. Dance atacó cuando cayó la tercera.

Colocó el garrote alrededor del cuello del intruso y tiró de la cuerda, que se tensó en torno a la parte más visible de la arteria carótida, cerca del ángulo con la mandíbula. La pistola cayó al suelo. El hombre se movió violentamente, como un pez en un anzuelo y tiró con fuerza del garrote. Estiró el brazo hacia atrás e intentó clavar las uñas en el rostro de Dance. Sus brazos y piernas se movían sin control en todas direcciones. Luego, poco a poco, las piernas se derrumbaron y los brazos se extendieron una última vez antes de quedar inertes. Mientras Dance contaba los minutos, sintió los últimos espasmos del cuerpo, provocados por las células hambrientas y moribundas del cerebro. Siguió apretando.

Cuando pasaron tres minutos, soltó el garrote y el cuerpo cayó al suelo. Dance encendió la luz y miró al hombre al que acababa de matar.

El rostro le resultaba vagamente familiar. Quizá lo había visto en la calle o en un tren, pero no conocía su nombre. Registró su ropa, pero solo encontró dinero, unas llaves de coche y algunas herramientas del oficio: cartuchos de repuesto, una navaja de bolsillo, una ganzúa. Dance pensó que se trataba de un profesional anónimo y se preguntó por un momento cuánto le habrían pagado.

Arrastró el cuerpo hasta la cama y apartó a un lado las almohadas que había colocado bajo las mantas. Calculó que el cuerpo mediría en torno al metro ochenta. Igual que él. Intercambió su ropa con la del cadáver; seguramente no era necesario, pero él era un hombre concienzudo. Después se quitó el anillo de boda e intentó colocarlo en el dedo del muerto, pero no consiguió lograr que pasara del nudillo. Fue al baño, enjabonó la alianza y al fin consiguió meterla en el dedo del cadáver. Después se sentó y fumó unos

cigarrillos. Intentó pensar en los detalles que podía haber pasado por alto.

Las tres balas, por supuesto. Buscó en las almohadas y consiguió recuperar dos. La tercera seguramente se hallaría escondida en algún punto del colchón. Se disponía a seguir buscándola cuando oyó pasos en el pasillo. ¿Tenía un cómplice el asesino? Dance tomó la pistola, la apuntó a la puerta y esperó. Los pasos pasaron de largo y se perdieron por el pasillo. Falsa alarma. De todos modos, debía marcharse; sería un error permanecer más tiempo allí.

Sacó una botella de metanol del cajón de la cómoda. Ardería rápidamente y no dejaría rastros. La echó sobre el cuerpo, la cama y la alfombra de al lado. En la habitación no había alarmas antiincendios ni aspersores automáticos. Había elegido un hotel viejo por ese motivo. Dejó el cenicero al lado de la cama y recogió las pertenencias del difunto, que metió en una bolsa de basura junto con la botella de metanol. A continuación, prendió fuego a la cama.

Las llamas no tardaron en envolver el cuerpo. Dance esperó lo suficiente para cerciorarse de que no quedaría nada reconocible.

Salió de la habitación con la bolsa de basura, cerró la puerta y bajó por el pasillo hasta la alarma de incendios. No veía motivo para matar a personas inocentes, así que rompió el cristal y tiró de la palanca de alarma. Después bajó las escaleras hasta el piso bajo.

Desde la calle de enfrente observó las llamas que salían por la ventana. Evacuaron el hotel y la calle se llenó de personas adormiladas envueltas en mantas. En menos de diez minutos llegaron tres camiones de bomberos. Para entonces, su habitación era un infierno.

Tardaron una hora en apagar el fuego. Una multitud de curiosos se unió a los huéspedes del hotel y Dance estudió sus rostros, fijándolos en la memoria. Si volvía a ver alguno de ellos, le serviría de advertencia.

Entre un grupo de personas vio una limusina negra que bajaba despacio por la calle. Reconoció al hombre que ocupaba el asiento de atrás. Así que la CIA estaba allí. Interesante.

Ya había visto suficiente. Era tarde y tenía que regresar a Amsterdam.

Tres manzanas más allá arrojó la bolsa de basura a un contenedor. Así cerraba aquel capítulo. Había hecho lo que había ido a hacer en Berlín. Había matado a Geoffrey Fontaine. Había llegado el momento de desvanecerse. Se alejó silbando en la oscuridad.

Amsterdam

Al viejo lo despertaron a las tres de la mañana con la noticia.

—Geoffrey Fontaine ha muerto.

—¿Cómo? —preguntó.

—Un fuego en un hotel. Dicen que estaba fumando en la cama.

—¿Un accidente? Imposible. ¿Dónde está el cuerpo?

—En el depósito de cadáveres de Berlín. Muy desfigurado.

Al viejo no le sorprendió que el cuerpo no resultara reconocible. Simon Dance había vuelto a cubrir su rastro muy bien. Y ellos lo habían perdido de nuevo.

Pero todavía le quedaba una carta que jugar.

—Me dijiste que tenía una esposa americana —dijo—. ¿Dónde vive?

—En Washington.

—Haz que la sigan.

—¿Para qué? Ya le he dicho que ha muerto.

—No ha muerto. Está vivo. Estoy seguro. Y esa mujer sabe dónde está. Quiero que la vigilen.

—Haré que mis hombres...

—No. Enviaré a uno mío. Alguien de quien pueda fiarme.

Hubo una pausa.

—Le daré su dirección.

Cuando colgó el teléfono, el viejo no pudo volver a dormir. Llevaba cinco años buscando... Solo para volver a fallar cuando ya estaba tan cerca. Ahora todo dependía de lo que supiera aquella mujer de Washington.

Tenía que ser paciente y esperar a que se traicionara. Enviaría a Kronen, un hombre que no le había fallado nunca. Kronen tenía métodos propios para extraer información... métodos difíciles de resistir. Después de todo, ése era su mayor talento: la persuasión.

Uno

Washington

Era más de medianoche cuando sonó el teléfono.

Sarah lo oyó a través de una pesada cortina de sueño. El sonido parecía muy lejano, como una alarma que sonara en una habitación fuera de su alcance. Luchaba por despertarse, pero se veía atrapada en un mundo entre el sueño y la vigilia. Tenía que contestar al teléfono. Sabía que la llamaba su esposo Geoffrey.

Había esperado toda la noche oír su voz. Era miércoles y Geoffrey, en sus viajes mensuales a Londres, siempre llamaba a casa los miércoles. Ese día, sin embargo, ella se había acostado temprano, tosiendo y llorosa, víctima del último virus de la gripe que atacaba Washington, una cepa especialmente virulenta procedente de Hong Kong que compartía ya con la mitad de sus compañeros de trabajo del laboratorio de microbiología. Había pasado una hora leyendo en la cama, luchando valientemente por mantenerse despierta. Pero la combinación de una medicina antigripal y el Diario de Microbiología había resultado más eficaz que ningún somnífero y se había quedado dormida.

Se despertó con un sobresalto y descubrió que la lámpara de la mesilla seguía encendida y todavía tenía la revista sobre el pecho. Veía la habitación fuera de foco. Se colocó bien las gafas y miró el reloj de la mesilla. Las doce y media. El teléfono estaba en silencio. ¿Había sido un sueño?

Se llevó un susto cuando volvió a sonar. Levantó el auricular con rapidez.

—¿Señora Sarah Fontaine? —preguntó una voz de hombre.

No era Geoffrey. Se alarmó y se sentó en la cama de golpe, completamente despierta.

—Sí, al habla.

—Señora Fontaine, soy Nicholas O'Hara, del Departamento de Estado. Lamento llamarla a esta hora, pero... —hizo una pausa—, me temo que tengo malas noticias.

Sarah sintió que se le contraía la garganta.

Quería gritar, pero solo consiguió emitir un susurro.

—Sí. Le escucho.

—Se trata de su esposo. Ha habido un accidente.

La mujer cerró los ojos. Todo aquello le parecía irreal.

—Ha ocurrido hace unas seis horas —prosiguió la voz—. Ha habido un fuego en la habitación del hotel de su marido —otra pausa—. ¿Señora Fontaine? ¿Está usted ahí?

—Sí. Por favor, continúe.

El hombre se aclaró la garganta.

—Siento decirle esto, señora Fontaine. Su esposo... ha muerto.

Le permitió un momento de silencio, momento en el que ella luchó por controlar su pena. Un acto de orgullo estúpido e irracional la llevó a apretar una mano sobre la boca para reprimir un sollozo. Aquel dolor era demasiado íntimo para compartirlo con un desconocido.

—¿Señora Fontaine? —preguntó la voz, con gentileza—. ¿Se encuentra bien?

Al fin, ella consiguió tomar aliento.

—Sí —susurró.

—No tiene que preocuparse por nada. Yo coordinaré todos los detalles con nuestro consulado en Berlín. Habrá retrasos, por supuesto, pero en cuanto las autoridades alemanas entreguen el cuerpo, no creo que...

—¿Berlín? —lo interrumpió ella.

—Tienen que investigar, claro. Habrá un informe completo cuando la policía de Berlín...

—¡Pero eso no es posible!

Nicholas O'Hara se esforzaba por ser paciente.

—Lo siento, señora Fontaine. Su identidad ha sido confirmada. No hay ninguna duda de que...

—Geoffrey estaba en Londres —gritó ella.

Siguió un largo silencio.

—Señora Fontaine —dijo él, con una voz irritantemente serena—. El accidente ha ocurrido en Berlín.

—Han cometido un error. Geoffrey estaba en Londres. No podía estar en Berlín.

Hubo otra pausa, más larga esa vez. Sarah apretaba el auricular contra su oído. Tenía que haber un error. Geoffrey no podía haber muerto. Lo imaginó riendo ante la noticia absurda de su muerte. Sí, se reirían juntos cuando volviera. Si volvía.

—Señora Fontaine —dijo al hombre al fin—. ¿En qué hotel se hospedaba en Londres?

—En el Savoy. Tengo el número de teléfono en alguna parte. Tengo que buscarlo...

—No hace falta. Ya lo encontraré. Permítame que haga unas llamadas. Quizá debería verla por la mañana —hablaba con cautela, con el tono monótono de un burócrata que había aprendido a no revelar nada—. ¿Puede pasar por mi despacho?

—¿Cómo... cómo lo encontraré?

—¿Vendrá en coche?

—No, no tengo coche.

—Le enviaré uno.

—Es un error, ¿verdad? Quiero decir... ustedes cometen errores, ¿verdad? —solo pedía una pizca de esperanza. Un hilo pequeño al que aferrarse. Era lo menos que podía darle.

Pero él se limitó a decir:

—Hablaemos por la mañana, señora Fontaine. Sobre las once.

—¡Espere, por favor! Perdone, no puedo pensar. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Nicholas O'Hara.

—¿Dónde está su despacho?

—No se preocupe. El chófer la traerá aquí. Buenas noches.

—¿Señor O'Hara?

Oyó el tono de marcar y comprendió que ya había colgado. Al instante marcó el número del hotel Savoy en Londres. Una llamada y todo se aclararía.

—Hotel Savoy —contestó una mujer a medio mundo de distancia.

A Sarah le temblaba la mano con tal violencia que apenas podía sostener el auricular.

—Hola. Con la habitación del señor Geoffrey Fontaine, por favor.

—Lo siento, señora —dijo la voz—. El señor Fontaine se marchó hace dos días.

—¿Se marchó? —gritó Sarah—. ¿Pero adónde fue?

—No nos dejó su destino. Pero si desea enviarle un mensaje, podemos remitírselo a su dirección permanente...

Sarah miró el teléfono como si fuera algo extraño, que no había visto nunca. Desvió lentamente la mirada hacia la almohada de Geoffrey. La enorme cama parecía extenderse hasta el infinito. Ella siempre se acurrucaba en una porción pequeña. Y no se movía de su sitio ni siquiera cuando Geoffrey estaba fuera y dormía sola.

Y ahora, quizá él no volviera nunca.

Y ella se quedaría sola en una cama demasiado grande y un apartamento demasiado silencioso. Se estremeció y una oleada de dolor le formó un nudo en la garganta. Deseaba llorar, pero las lágrimas se negaban a acudir a sus ojos.

Se dejó caer sobre la cama con el rostro contra la almohada. Olía a Geoffrey. Olía a su piel, a su pelo y a su risa. La apretó en los brazos y se acurrucó en el centro de la cama, en el lugar que siempre usaba su marido. Las sábanas estaban muy frías.

Geoffrey podía no volver nunca a casa. Y solo llevaban dos meses casados.

Nick O'Hara tomó su tercera taza de café y se aflojó la corbata. Después de dos semanas de vacaciones en las que solo había usado bañador, la corbata le parecía el nudo del ahorcado. Solo hacía tres días que regresara a Washington y ya estaba estresado. Se suponía que las vacaciones tienen la función de recargar las pilas. Por eso había ido a las Bahamas. Había pasado dos semanas gloriosas sin hacer nada, tumbado medio desnudo al sol. Necesitaba estar solo, hacerse algunas preguntas difíciles y buscar respuestas.

Pero solo había llegado a la conclusión de que no era feliz.

Después de ocho años en el Departamento de Estado, estaba harto de su trabajo. Se movía en círculos, como un barco sin timón. Su carrera estaba estancada, y la culpa no era enteramente suya. Había perdido poco a poco la paciencia con los juegos políticos. No estaba de humor para jugar. Pero aguantaba allí porque creía en su trabajo, en el valor intrínseco de éste. Había pasado de marchas por la paz en su juventud a mesas de negociación de la paz en su edad adulta.

Pero los ideales no llevaban a ninguna parte. La diplomacia no se basaba en ideales, sino en protocolo y programas de partidos políticos, como todo lo demás. Y aunque había dominado el protocolo, no le ocurría lo mismo con la política. Y no era porque no pudiera. Sino porque no quería.

En ese sentido sabía que no era un buen diplomático. Por desgracia, los que estaban al mando parecían mostrarse de acuerdo con él. Por eso lo habían enviado a aquel puesto consular a comunicar malas noticias a viudas recientes. Era una bofetada no muy sutil. Ciertamente podía haber rehusado el puesto.

Podía haber vuelto a la enseñanza, a su antiguo trabajo en la Universidad Americana. Tenía que pensar en ello. Por eso necesitaba dos semanas solo en las Bahamas.

Y no necesitaba encontrarse con aquello a la vuelta.

Abrió con un suspiro la carpeta que llevaba la etiqueta de Fontaine, Geoffrey H. Había algo que lo inquietaba toda la mañana. Había estado desde la una de la mañana sentado ante el ordenador, sacando toda la información posible de los archivos del Gobierno. También había pasado media hora hablando por teléfono con su amigo Wes Corrigan, del consulado en Berlín. La frustración lo había llevado incluso a consultar algunas fuentes poco usuales. Lo que había empezado como una llamada de rutina para darle el pésame a la viuda se estaba convirtiendo en algo más complicado, un rompecabezas del que no tenía todas las piezas.

En realidad, exceptuando los detalles de la muerte de Geoffrey Fontaine, apenas había piezas con las que jugar. A Nick no le gustaban los *puzzles* incompletos. Lo volvían loco. Cuando se trataba de buscar más información, más hechos, podía ser insaciable. Y en ese momento, con la carpeta de Fontaine entre los dedos, se sentía como si sostuviera una bolsa de aire: nada de sustancia aparte de un nombre.

Y una muerte.

Le ardían los ojos; se recostó en la silla y bostezó. Cuando era un veinteañero en la universidad, solía animarle pasar media noche en pie. Pero a los treinta y ocho años, solo lo volvía irritable. Y hambriento. A las seis de la mañana había devorado tres donuts. La inyección de azúcar y el café lo habían mantenido en acción. Y ahora sentía demasiada

curiosidad para dejarlo. Los rompecabezas siempre le causaban ese efecto. Y no estaba seguro de que le gustara.

La puerta al abrirse le hizo levantar la vista. Su amigo Tim Greenstein entró por ella.

—¡Bingo! ¡Lo encontré! —dijo.

Dejó una carpeta sobre la mesa y le dedicó una de sus famosas sonrisas que solía reservar para el ordenador. Tim era un «arregla-problemas», el hombre al que acudían todos cuando los datos no estaban donde deberían estar. Gruesas gafas, consecuencia de cataratas infantiles, distorsionaban sus ojos. Una barba negra oscurecía gran parte del resto de su cara, con excepción de la frente pálida y la nariz.

—Te dije que lo encontraría —observó, sentándose enfrente de Nick—. He pedido ayuda a mi amigo del FBI y no ha encontrado nada. He buscado por mi cuenta y... No ha sido fácil sacar esto de entre la información clasificada. Tienen a un idiota nuevo que insiste en hacer su trabajo.

Nick frunció el ceño.

—¿Has tenido que sacar esto a través de seguridad?

—Sí. Hay más, pero no he podido verlo. He descubierto que los de inteligencia tienen una carpeta sobre tu hombre.

Nick abrió la carpeta y miró con incredulidad. Lo que veía suscitaba más preguntas que nunca, preguntas para las que no parecía haber respuestas.

—¿Qué demonios significa eso? —murmuró.

—Por eso no podías encontrar nada sobre Geoffrey H. Fontaine —dijo Tim—. Hasta hace un año, no existía.

Nick apretó la mandíbula.

—¿Puedes conseguirme más cosas?

—Eh, creo que estamos entrando en el territorio de otros. Y los muchachos de la CIA pueden ponerse nerviosos.

—Pues que me demanden —comentó Nick, al que no era fácil intimidar con la CIA después de haber conocido a